

SEGUNDA PARTE

En las rudas tempestades
 Que ofuscan el pensamiento,
 Cuando todo se nos cierra
 Y todo miramos negro,
 El hombre busca el suicidio
 Y la mujer el convento:
 La mujer castiga el alma
 Y el hombre castiga el cuerpo.
 Blanca, después de que supo
 El resultado del duelo
 Por más que no hubiera amado
 Al Marqués, rindió respeto
 Á su memoria y le tuvo
 Al qué dirán mucho miedo.
 « ¡Yo soy culpable, decía,
 Insomne y triste en su lecho,
 Gastón ignoraba todo
 Y yo le dije el secreto.
 Gastón me adora y cegado

Por el odio, por los celos,
 Alzó entre los dos un muro
 Imponente, airado, eterno!
 Yo ya no puedo ser suya
 Ni él volverá á pretenderlo;
 Debo morir para el mundo
 Y sólo entregarme al cielo.
 Á tan serias reflexiones
 Dado su espíritu entero
 Llorando como una loca
 Encerrada en su aposento,
 Las rosas de sus mejillas
 Bien pronto palidieron
 Y en menos de tres semanas
 Emblanqueció su cabello.
 Una tarde, ya resuelta
 Á salir del mundo necio,
 Envuelta en oscuro manto
 Y velando el rostro bello
 Con denso crespón flotante
 Y más que sus ojos negro,
 Fuese á ver al Arzobispo,
 Que la recibió al momento,
 Y á solas con él abrióle
 Sin reticencias su pecho.
 Era anciano el Arzobispo,
 Sabio, prudente y discreto
 Y aconsejóle pensara
 Con mayor detenimiento

Lo que, de llevarse á cabo,
Después no tiene remedio.
— Resuelta estoy, dijo Blanca.
No quiero sufrir más tiempo;
Quiero en el mundo una celda
Y tras de la celda el cielo.
— El camino tiene espinas.
— No más de las que yo tengo.
— En él sobran privaciones.
— Pero no remordimientos.
— Llevaréis la cruz cargando.
— ¿Qué importa si cargo un muerto?
— Dejaréis vuestra fortuna.
— ¿De qué me sirve el dinero?
— Seréis un sepulcro andando.
— Muerta está el alma en mi pecho.
— ¿Y si entre cenizas queda
De alguna ilusión el fuego?
— Lo mataré con la nieve
De la oración y el silencio.
— ¿Y si él volviera á buscaros
— No volveré nunca á verlo.
— ¿Lo juráis por Dios?
— Lo juro —
— Id en paz, vuestros deseos
Cumplidos serán señora;
Pronto estará satisfecho
El ángel de vuestra guarda
Que os marca el rumbo del cielo.

Salióse Blanca llorando
Con inefable contento
Y á solas dijo : adiós mundo
Pronto para ti habré muerto.

II

Después de lo acontecido
El Virrey estando inquieto,
Con un edecán sensato
Venir hizo á Ballesteros
À su presencia y hablóle
En estos concisos términos :
— De imprudente y desalmado
Pruebas disteis caballero
Y daros muerte en castigo
Bien lo pudiera queriendo;
Matasteis un hombre honrado...
— En buena lid, dijo fiero
Don Gastón sin inmutarse
— ¿Buena lid sin causa? ¡Cielos!
Derecho de castigaros
À todas luces lo tengo
Pero desde que os conozco
Os distingo con mi afecto
Y os señalo como á un hijo.
— Con el alma os lo agradezco.

— Es mi deber alejaros
De la sociedad de Méjico
Y motivo de esta ausencia
Hallaréis en estos pliegos.

Don Gastón que estaba solo
Con el Virrey departiendo
Besóle la diestra mano
Con noble y filial respeto
Y salióse del Palacio
Muy cabizbajo y muy serio.
Cuando pudo libre á solas
Enterarse en su aposento
De los pliegos que le diera
El Virrey, quedó suspenso.
— ¡Marchar hasta Guatemala!
Bien está, pues marcharemos.
Mandó arreglar sus caballos
Y sus armas, al momento,
Y al rayar la media noche
Con veinte hombres más ó menos
Sin ser visto por ninguno
Dejó el populoso centro
De Anáhuac, donde quedaba
La luz de sus pensamientos.

III

Tocan en Regina-Coeli
Grandes repiques á vuelo,
Está la mañana tibia
Y el horizonte sereno.
Están regados los anchos
Corredores del convento
Con amapolas y rosas,
Con azucenas y trébol.
Pueblan el coro, rezando
Las monjas con dulce acento
En torno de un crucifijo
Que con los brazos abiertos
El perdón de los humanos
Implora del Padre Eterno.
Á sus pies, atril dorado
Sostiene un gran libro negro
Y alzanse las densas nubes
Azuladas del incienso.

El Arzobispo reviste
Capa pluvial, y en su pecho
Brilla la cruz de amatistas
Que lanza tibios reflejos;
Con el báculo en la diestra

Murmura en voz baja rezos
 Que repercuten sonoras
 Las bóvedas del convento.
 Y entre el grupo, como estatua,
 Con las manos sobre el pecho,
 Y dejando sobre el manto
 Flotar los largos cabellos,
 Una mujer de rodillas,
 Con el semblante cubierto
 Por un leve, vaporoso
 Diáfano y colgante velo
 Á las heladas baldosas
 Inclina sus ojos negros.
 ¡Es un aromado lirio
 Trasplantado en el desierto!
 ¡Es una blanca azucena
 Expuesta al rigor del cierzo!
 ¡Tiñe el rubor su semblante;
 De sus labios entreabiertos
 El mundo por vez postrera
 Arranca el último beso!
 Ayer vió luces y pompas
 Hoy mira sombra y misterios.
 Oyó ayer frases de amores
 Y hoy escucha tristes rezos;
 Ayer al mirar su rostro
 En el cristal de un espejo
 Se enamoró de sí misma
 Al encontrarlo tan bello;

Hoy lo esconde en negras tocas
 Que la abruman con su peso;
 Ayer adornó con flores
 Su terso y mórbido pecho
 Hoy sirve de altar oscuro
 Á una cruz de palo negro;
 Ayer una ardiente mano
 Acarició sus cabellos
 Y entre sus hebras jugaba
 Cual barco en el mar sereno;
 Hoy siente que los profana
 Tosca tijera de hierro
 Y por ella mutilados
 Descienden tristes al suelo
 Sin que nadie los levante
 Coronándolos de besos.
 ¡Ayer trajes, joyas, flores,
 Hoy hábito, cruces, rezos;
 Ayer un rico palacio,
 Hoy triste recinto estrecho
 Y tras la sala y el mundo
 La celda por universo!
 El órgano ha dado al aire,
 Sus más fúnebres acentos
 Y una mano helada, impía
 Ya cortó las hebras de ébano
 Que inertes como de piedra
 Y rodando por el cuello
 Á las heladas baldosas

Dando compasión cayeron.
 Ya renunció la novicia
 Pompas y vanos empeños
 Y en tosco sayal envuelta
 Sin esperanza ni afectos,
 Camina entre austeras monjas
 Por los claustros del convento.

¡Ya celebró un matrimonio
 Que tiene votos eternos
 Y esposa de Jesucristo
 Su imagen lleva en el pecho!
 Ayer le llamaron Blanca
 Pues lo fué de alma y de cuerpo,
 Hoy le llaman sor Angélica
 Con devoción y respeto.
 ¡Pobre paloma escondida
 De la oración en el huerto!
 Sobre su conciencia pasa
 La ilusión como ángel negro;
 Es la celda su palacio,
 Su solo jardín el templo,
 La oración su sola queja
 Y el altar su solo puerto.
 ¿Y don Gastón...? está ausente;
 ¿Y el Marqués? murió en un duelo;
 ¿Y su corazón?... ¡aun late
 Con vida dentro del pecho!
 ¡Negras tormentas humanas!
 ¡Anchos horizontes negros!

¡El hombre busca el suicidio
 Y la mujer el convento!

IV

¡Oh interminables y oscuras
 Noches del remordimiento!
 Siglos parecen sus horas
 Que están pobladas de espectros
 Y de endriagos y gnomos
 Que burlando nuestro duelo
 Bailan la danza macabra
 En torno de nuestro lecho!
 ¡Oh interminables y oscuras
 Batallas del pensamiento!
 ¿Quién enciende las pasiones?
 ¿Quién aviva los deseos?
 ¿Quién de la hoguera del alma
 Atiza constante el fuego
 Que ni lo apaga la ausencia
 Ni logra extinguirlo el tiempo?
 ¡Amor, tirano del mundo,
 No en vano te pintan ciego,
 Que si disparas del arco
 Tus dardos, pasas con ellos
 La muralla en el castillo
 Y el cancel en el convento!

V

Sor Angélica está triste
 Y llora siempre en silencio,
 Mojando en llanto las hojas
 Del tosco libro de rezos.
 Una sombra la persigue
 De su celda en el misterio
 Y cuando á orar se arrodilla
 Con humildad y respeto
 Delante del crucifijo,
 No ve los brazos abiertos
 Ni la cabeza inclinada
 Sobre el desgarrado pecho,
 Sino que surge á sus ojos
 Un gallardo caballero
 Con negra, abundosa barba,
 Blanca frente y ojos negros.
 « Aparta, le dice, aparta,
 No turbes mi pensamiento »;
 Y la imagen se aproxima,
 Y ella llora y siente miedo,
 Y pasa todas las noches
 En este combate fiero
 Pues por donde á Cristo busca

Gastón le sale al encuentro.
 Más que nunca enamorada,
 El aguijón de los celos
 Lleva clavado en el alma
 Y la consume en silencio.
 Recuerda las objeciones
 Y las sentencias, que experto
 El Arzobispo le hiciera
 Antes de entrar al convento,
 Y se rinde á su desgracia
 Y dice con desconsuelo:
 « Me afano por olvidarle
 Y en todas partes le veo.
 Si es un ángel Dios lo manda
 De lo más alto del cielo,
 Si es Satanás me persigue
 Desde el fondo del Averno ».
 Y no bastan penitencias
 Ni propósitos, ni rezos
 Y á su pesar le idolatra
 Y da culto á sus recuerdos.

VI

Tres años han transcurrido.
 De Nueva España en el reino

El conde de Fuente Clara
 A otro Virrey cedió el puesto
 Y éste convocó á los jefes
 De más cerca y de más lejos
 Para arreglar á su antojo
 El servicio del Ejército.
 Volvió Gastón á la corte
 Y encantado el Virrey nuevo
 De su presencia y su trato,
 Dióle el mando de los tercios
 Que en Palacio daban guardia
 Gozando especiales fueros.
 No volvió á sonar en labios
 Del aguerrido mancebo
 El nombre de su adorada,
 Ni aclarar quiso el misterio
 De su suerte, que ninguno
 Le aventajó en lo discreto.
 Llegó en siete de septiembre
 Y á la reina de los cielos
 Celebraron con gran pompa
 Las monjas de su convento.
 El Virrey, como invitado
 Por su rango en primer término,
 Entró á la iglesia, seguido
 De guardias y alabarderos
 Colocándose los guardias
 Junto al coro con respeto.
 Gastón estaba apostado

Junto al altar de san Telmo,
 Las manos sobre su espada
 Y los ojos en el suelo,
 Y después de largo rato
 Oyó prolongado y tierno
 Un suspiro que cual dardo
 Fué á clavársele en el pecho.
 Vuelve el rostro y con sorpresa
 Que heló su sangre en el cuerpo,
 Velado por largas tocas
 Mira el semblante hechicero
 De su Blanca que lloraba,
 Deslizándose entre sus dedos
 Un rosario, cuyas cuentas
 Talladas, de color negro,
 Temblaban como las hojas
 De un árbol que agita el viento.
 Vió el caballero á la monja
 Vió la monja al caballero
 Y sin desplegar los labios
 Mucho sus ojos dijeron.
 Cuando concluyó la misa
 Internáronse al convento
 Las monjas, al tiempo mismo
 Que Gastón salió del templo
 Y en esa noche no pudo
 Sentir la paz del sueño
 Y ella no pudo en su celda
 Ver á Dios ni alzar sus rezos,

Que al mirar el Crucifijo
 Vió en la cruz al caballero
 Mirándola de tal suerte
 Y con amor tan inmenso,
 Que horrorizada dió un grito
 Y se desplomó en el suelo
 Oyendo sobre sus labios
 Como el chasquido de un beso.

VII

Está la noche lluviosa,
 El relámpago violento
 Ilumina el horizonte
 Con anchas orlas de fuego;
 ¡Cuán imponente resuena
 La tempestad á lo lejos!
 Parecen las calles tumbas,
 Los edificios espectros,
 Los transeúntes fantasmas
 Y grito de muerte el viento.
 Nada turba en tales horas
 De la ciudad el silencio,
 Sólo las rondas de capa
 Que cruzan de tiempo en tiempo,
 El grito descompasado

Y triste de los serenos
 Y la aguda campanilla
 Con cuyos fúnebres ecos
 La inquisición dice á todos
 Cómo vigila á sus reos.
 Por la plaza de Regina
 De pobre y mísero aspecto,
 Anegada por la lluvia
 Y sin un solo reflejo
 De un farol que á los vecinos
 Pueda alumbrar el sendero,
 Bien embozado en su capa,
 Vestido todo de negro,
 Sin compañero ninguno,
 Junto á los muros del templo
 Cruza, recatando el paso,
 Don Gastón de Ballesteros.

Mira que nadie le observa
 Y tuerce, no sin recelo
 Á la calle en que está el torno
 De que se sirve el convento.

Da con sigilo tres golpes
 Y otros tres, escucha luego :
 — Aquí estoy, dice en voz baja —
 Y dicenle : — Aquí te espero.
 — ¿Podrás salir? — Imposible
 Que puerta libre no tengo.
 — Subiré escalando el muro
 — Sube como quieras, dueño ;

Soy más que nunca tu esclava;
 Manda que yo te obedezco. —
 Don Gastón tiró la escala
 Con un tino tan certero
 Que se quedó en una almena
 Prendido el gancho de hierro
 Con destreza de marino
 Por ella trepó sin miedo
 Y pisó á pocos instantes
 Las bóvedas del convento.

Inclinóse para el patio
 Y del jardín en el centro
 De pie y con las claras tocas
 El gallardo talle envuelto,
 Miró á Blanca en cuyo rostro
 Brillaban cual dos luceros
 Atrayéndolo al abismo
 Los ojos grandes y negros.

Alzó con mano robusta
 La escala el audaz mancebo
 Y hacia el patio descolgóla
 Á cualquier azar resuelto.

Bajó de la enorme altura
 La mitad ni más ni menos,
 Cuando de pronto escuchóse

Un largo crujido intenso
 Y saltó roto en pedazos
 El borde musgoso y negro
 Arrancado por el gancho

De la escala, en un momento.
 Se oyó un grito pavoroso,
 Un rumor sordo y siniestro,
 Que las sombras de la noche
 En su manto recogieron
 Y que pronto dispersaron
 Las negras alas del viento.

VIII

Asombrando á los vecinos
 Y margen dando á misterios
 Que se tornaron consejas
 Al referirlas el pueblo,
 Al despuntar la mañana
 Que siguió al triste suceso,
 Viéronse muchos carruajes
 Á la puerta del convento
 Llegando el del Arzobispo
 Entre todos el primero;
 Después los inquisidores
 Y letrados del consejo
 Del santo oficio, cargando
 Con pergaminos y pliegos.
 Pasaron más de seis horas

En pláticas y argumentos
Y por no asustar al barrio,
Uno tras otro salieron.

En la noche cuando todo
Era en la calle silencio
Y nada en el barrio daba
Señales de movimiento,
Llegaron los alguaciles
Con recato conduciendo
La litera que las rondas
Usaban en caso extremo.

Sacaron después, del torno
Por el espacioso hueco,
Un bulto que en negros paños
Estaba oculto y envuelto;
Echáronlo en la litera
Y cargándolo emprendieron
Su marcha por las oscuras
Calles de la triste Méjico.

En las crónicas añejas
De donde brota este cuento,
Dicen que ya sepultado
Don Gastón de Ballesteros,
A la infortunada Blanca,
Culpable de sacrilegio,
Y de violación de votos
Y otros crímenes inmensos,
Sentencióla el Santo Oficio

A ser arrojada al fuego;
Y cuentan los que lo saben
Que al morir no tuvo miedo,
Asustando á los verdugos
Y dando pavor al pueblo,
Pues ni en medio de las llamas
Dejó escapar un lamento.

Jalapa, febrero 12 de 1839.